

ACHSC

ANUARIO COLOMBIANO de HISTORIA SOCIAL
y de la CULTURA

VOL. 52, N.º 2, JULIO-DICIEMBRE 2025

ISSN-L: 0120-2456

revistas.unal.edu.co/index.php/achsc

<https://doi.org/10.15446/achsc>

TEMA LIBRE



► Sábado (Bogotá), 4 de mayo de 1946, 8.

“Qué clase de lector es Usted?”. Prácticas y espacios de la lectura pública en Colombia, 1910-1944

“What Kind of Reader are You?”. Practices and Spaces of Public Reading in Colombia, 1910-1944

“Que tipo de leitor é você?”. Práticas e espaços de leitura pública na Colômbia, 1910-1944

➔ <https://doi.org/10.15446/achsc.v52n2.115823>

➔ **ANDRÉS CARO PERALTA**

Universidad Pedagógica Nacional, Colombia

eacarop@upn.edu.co | <https://orcid.org/0009-0006-8284-3141>

➔ **EMILSE GALVIS CRISTANCHO**

Pontificia Universidad Javeriana, Colombia

galvis_lemilse@javeriana.edu.co | <https://orcid.org/0000-0003-1250-9042>

Artículo de investigación

Recepción: 16 de julio del 2024. Aprobación: 1 de noviembre del 2024.

Cómo citar este artículo

Andrés Caro Peralta y Emilse Galvis Cristancho, “Qué clase de lector es Usted?”. Prácticas y espacios de la lectura pública en Colombia, 1910-1944”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 52, n.º 2 (2025): e115823.



Reconocimiento-SinObraDerivada 4.0
Internacional (CC BY-ND 4.0)

RESUMEN **Objetivo:** analizar los espacios, soportes materiales y prácticas de la lectura pública en Colombia en la primera mitad del siglo XX. Como perspectiva de análisis se propone ampliar el campo de interpretación de los procesos de lectura y la configuración de la opinión pública hacia otros escenarios en los que la relación entre impresos y programación urbanística contribuyó a orientar prácticas de lectura en el espacio público. **Metodología:** a partir de la revisión hemerográfica, de crónicas y de material de archivo se establecieron los distintos espacios de lectura, agentes que intervinieron, prácticas y diversos usos que generó la lectura en la calle. Estos elementos permiten identificar los distintos sujetos y prácticas que se generaron en los espacios cotidianos de la vida pública. **Originalidad:** a partir del enfoque de la “lectura cotidiana”, el artículo pone en tensión las perspectivas de análisis que confinan el estudio de las prácticas de lectura a los procesos de alfabetización y lugares institucionales y formales de circulación de lectores y explora la manera como la lectura pública, en la primera mitad del siglo XX en Colombia, configuró un escenario amplio de la experiencia lectora que desestabiliza una serie de distinciones en la base de los análisis historiográficos sobre el tema: espacios institucionales vs. espacios cotidianos, prácticas de lectura pública vs. prácticas de lectura íntimas o privadas, letrados vs. iletrados e incluso soportes materiales de mayor tradición como el libro vs. hojitas o soportes efímeros que hicieron parte fundamental de los modos de producción y circulación de impresos en este periodo. **Conclusiones:** con esto se evidencian otros escenarios, prácticas y sujetos que intervienen en el proceso de lectura pública con el que se espera reconsiderar la jerarquía entre diversas prácticas, espacios y soportes impresos.

Palabras claves: censura; espacios; impresos; lectores; lectura; práctica.

ABSTRACT **Objective:** To analyze the spaces, material supports, and practices of public reading in Colombia in the first half of the 20th century. As an analytical perspective, we propose to broaden the scope of interpretation of reading processes and the configuration of public opinion to include other scenarios in which the relationship between print media and urban planning contributed to guiding reading practices in public spaces. **Methodology:** Based on a review of newspapers, chronicles, and archival material, we identified the various reading spaces, agents involved, practices, and diverse uses generated by street reading. These elements allow us to identify the different subjects and practices generated in everyday spaces of public life. **Originality:** From the perspective of “everyday reading”, the article puts into tension the analytical perspectives that confine the study of reading practices to literacy processes and institutional and formal places of circulation of readers and explores the way in which public reading, in the first half of the 20th century in Colombia configured a broad scenario of the reading experience that destabilizes a series of distinctions at the base of

the historiographical analysis on the subject: institutional spaces vs. everyday spaces, public reading practices vs. intimate or private reading practices, literate vs. illiterate, and even more traditional material supports such as the book vs. small sheets or ephemeral media that were a fundamental part of the modes of production and circulation of print media in this period. **Conclusions:** This reveals other scenarios, practices, and subjects that intervene in the process of public reading, with which we hope to reconsider the hierarchy between various practices, spaces, and print media.

Keywords: censorship; practices; print media; readers; reading; spaces.

RESUMO

Objetivo: analisar os espaços, suportes materiais e práticas de leitura pública na Colômbia na primeira metade do século XX. Como perspectiva analítica, propõe-se ampliar o campo de interpretação dos processos de leitura e de configuração da opinião pública para outros cenários em que a relação entre impressos e planejamento urbano contribuiu para orientar práticas de leitura em espaços públicos. **Metodologia:** a partir da revisão de jornais, crônicas e material de arquivo, foram estabelecidos os diferentes espaços de leitura, agentes envolvidos, práticas e usos diversos gerados pela leitura na rua. Esses elementos permitem identificar os diferentes sujeitos e práticas que foram gerados nos espaços cotidianos da vida pública. **Originalidade:** a partir da perspectiva da “leitura cotidiana”, o artigo pretende tensionar as perspectivas analíticas que confinam o estudo das práticas de leitura aos processos de letramento e aos lugares institucionais e formais de circulação dos leitores, a fim de explorar o modo como a leitura pública na primeira metade do século XX na Colômbia configurou um amplo cenário da experiência da leitura. Isso desestabiliza uma série de distinções na base das análises historiográficas sobre o tema: espaços institucionais vs. espaços cotidianos, práticas de leitura pública versus práticas de leitura íntima ou privada, letRADOS versus analfabetos, e até mesmo, suportes materiais mais tradicionais, como livros versus pequenas folhas ou efêmeras, que foram parte fundamental dos modos de produção e circulação de material impresso durante esse período. **Conclusões:** evidenciam-se outros cenários, práticas e sujeitos que intervêm no processo de leitura pública, o que leva a reconsiderar a hierarquia entre diversas práticas, espaços e mídias impressas.

Palavras-chave: cartazes; censura; espaços; impressos; leitores; leitura; práticas.

Desde inicios del siglo XX los espacios de lectura en Colombia se multiplicaron como resultado de la sedimentación de varios procesos que definieron la irrupción de nuevos lectores en las plazas, tranvías, parques, bibliotecas, casas populares y otros escenarios del mobiliario público de ciudades y municipios. La aparición de lectores en estos espacios adoptó la figura de programas de “exposición gráfica” en donde los procesos de lectura y producción de impresos fueron orientados por la relación entre la circulación de impresos y el desarrollo urbanístico, “entre exposición y lectura” y “entre poder y programación urbanística”.¹ Para el historiador Peter Frizsche, las transformaciones que se presentaron en algunas metrópolis en el siglo XIX y XX caracterizadas por el flujo de personas, mercancías e información, volvieron inseparable la actividad cotidiana del consumo de información comercial, carteleras publicitarias y artículos periodísticos que configuraron una “esfera pública cada vez más mediada”.²

Esta manera de concebir el espacio público creó nuevos lugares abiertos para la lectura, trajo usos inusuales por parte de sus habitantes y definió elementos fundamentales de la esfera pública. La lectura se adecuó a los ritmos y prácticas de la vida concurrida de las ciudades y municipios en donde el lector se enfrentaba al bullicio, a los cuerpos reunidos por la curiosidad de la cartelera pública y a los gritos en parques y plazas. Esta lectura singular, marcada por la escucha y la premura de la información, la revisión rápida de los temas de interés, la opinión y controversia inmediata y los espacios desprovistos de calma y sosiego, se fue entrelazando con las dinámicas de la vida cotidiana e involucró a distintos sujetos que transitaban por los espacios públicos y eran cercados por carteles, hojas impresas, publicidad y otros impresos que daban cuenta de la vida tumultuosa de las ciudades y municipios.

Las facetas de la lectura pública en Colombia y sus prácticas se constituyen en un campo amplio de investigación que tiene distintas aristas aún por explorar. Los estudios sobre la experiencia de la lectura han hecho énfasis en los importantes procesos orientados a la alfabetización, la consolidación de los espacios de lectura como lo son las bibliotecas, gabinetes de lectura, escuelas, sociedades literarias y otras instituciones formales que han transformado las sensibilidades lectoras.³ Sin

1 Armando Petrucci, *Alfabetismo, escritura y sociedad* (Barcelona: Gedisa, 1999), 59.

2 Peter Fritzsche, *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2008), 29.

3 Algunos enfoques generales asociados a esta perspectiva se pueden ver en: Jean-Yves Mollier, *La lectura y sus públicos en la Edad Contemporánea* (Buenos Aires: Ampersand, 2013), 16; Martyn Lyons, *Historia de la lectura y la escritura en el mundo occidental* (Buenos Aires: Ampersand, 2012); Carmen Elisa Acosta, *Lectura*

embargo, podríamos decir que los estudios sobre la lectura, la cultura escrita y la cultura impresa en el país han hecho énfasis en los procesos de alfabetización, en la difusión de la cultura del libro y en la lectura silenciosa y privada de soportes impresos, todos ellos fenómenos que orientan sus prácticas a la realización del proyecto de la modernidad cultural.⁴

Como lo señala el historiador David Henkin, el modelo de la historia de la lectura, concebido desde la perspectiva de la Modernidad occidental, considera el crecimiento de la lectura como un complejo proceso en el que las prácticas de lectura y los lectores progresivamente se ven recluidos al ámbito privado.⁵ Esta distinción recrea otras dicotomías entre el público letrado y no letrado donde la lectura privada y silenciosa sería un rasgo del universo letrado que progresivamente va superando las expresiones de lectura en voz alta y pública, atributos con los que se suele asociar a los sectores populares.⁶ Dicho modelo deja escapar el fenómeno que se produce en amplios sectores sociales que se relacionan de diversas formas con los impresos y cuyas prácticas de lectura colectiva y pública no son superadas y conviven con otras experiencias lectoras.

Siguiendo las perspectivas de los estudios sobre la “lectura cotidiana”, el artículo se propone analizar la lectura pública como un escenario material de la experiencia lectora en la que los lectores se articulan a los nuevos espacios y prácticas de una ciudad en constante transformación y donde se quiebra la jerarquía entre diversos soportes impresos: libros, revistas, carteles, hojitas, periódicos, entre otros, de modo que se desestabiliza la distinción entre letrado y no letrado.⁷ Como la ha definido William Acree, la lectura cotidiana se constituye en el núcleo de las sociabilidades, en un espacio público marcado por “culturas materiales” e

y nación: novela por entregas en Colombia, 1840-1880 (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009), 215; Diana Paola Guzmán et al., *Lectores, editores y cultura impresa en Colombia: siglos XVI-XXI* (Bogotá: Cerlalc / Universidad Jorge Tadeo Lozano, 2018); Paula Andrea Marín, *Un momento en la historia de la edición y la lectura en Colombia (1925-1954)* (Bogotá: Universidad del Rosario, 2017), 135.

4 Renán Silva, *República liberal, intelectuales y cultura popular* (Bogotá: La Carreta, 2012), 104.

5 David M. Henkin, *City Reading. Written Words and Public Spaces in Antebellum New York* (Nueva York: Columbia University Press, 1998), 6.

6 François Waquet, *Hablar como un libro. La oralidad y el saber en los siglos XVI y XX* (Buenos Aires: Amper-sand, 2021), 17.

7 Andrés Caro Peralta, *Cultura impresa y cultura política en Colombia, 1920-1946* (tesis de doctorado, Universidad de los Andes, 2022), 339.

interfaces entre los ámbitos, las tecnologías impresas y la manera en que estas moldean la sensibilidad, el pensamiento y la experiencia de la lectura.⁸

Este enfoque permite considerar la lectura y las prácticas más allá del registro habitual del libro, visto como portador de las experiencias y las transformaciones de las prácticas lectoras, para pensar en los heterogéneos espacios de lectura, los diversos soportes materiales, agentes y facetas que adquiere la experiencia de la lectura en este proceso. Con esto se ofrece una mirada distinta a la configuración de la opinión pública, como una instancia basada en la distinción entre letrados y no letrados, entre soportes “robustos” y efímeros y entre lectura pública y privada, como atributos de la razón ilustrada.⁹ Para dar cuenta de este propósito, el artículo se estructura en dos momentos: en primer lugar, se distinguen algunos de los soportes impresos y espacios en los que se despliega la experiencia lectora, mediada por calles, plazas y modernos sistemas de transportes, como el tranvía y el ferrocarril, y, en segundo lugar, se exploran algunas prácticas de lectura pública y el despliegue de instrumentos de censura que iban construyendo una idea del “lector ideal” y de los límites de la lectura en los espacios públicos.

Con esto se espera demostrar que las prácticas y espacios de lectura pública en Colombia durante la primera mitad del siglo XX se dieron en un campo amplio de producción y circulación de impresos, lo que permite repensar las divisiones entre espacios institucionales y cotidianos de lectura, entre lectura pública y privada y entre letrados y no letrados. Además, se evidencia la manera como, a través de las transformaciones urbanas y los nuevos medios de transporte, se despliegan novedosas formas de lectura en donde los públicos usan y les dan sentido a los impresos que leen.

Prácticas y espacios de la lectura callejera

La “lectura callejera” se venía propagando desde el siglo XIX a través de “discretos” impresos que empezaron a hacer parte de los elementos distintivos de la

⁸ William Acree, *La lectura cotidiana. Cultura impresa e identidad colectiva en el Río de la Plata, 1780-1910* (Buenos Aires: Prometeo, 2013), 17; Karin Littau, *Teorías de la lectura. Libros, cuerpos y bibliomanía* (Buenos Aires: Manantial, 2006), 25.

⁹ Henkin, *City Reading*, 10; Jacques Rancière, *Aisthesis. Escenas del régimen estético del arte* (Buenos Aires: Manantial, 2013), 9.

vida cotidiana de las ciudades y municipios de Colombia.¹⁰ Pequeños y grandes talleres de impresión respondieron a la demanda creciente de publicitar, anunciar y controvertir, con carteles, afiches, hojas sueltas y anuncios que aparecían en plazas, tranvías, ferrocarriles, calles, iglesias y estaciones del tren, todos los cuales llamaban la atención de los sujetos interesados en las novedades culturales, los nuevos productos de consumo, las polémicas políticas, los asuntos religiosos, entre otros. En las revistas *Arte Gráfica* (1927-1934) de Bogotá y *Papel y Lápiz* (1931) de Medellín, impresores y tipógrafos mostraban el avance del gremio y la asimilación de las nuevas técnicas y conocimientos sobre la impresión que respondían a la demanda de la publicidad moderna, mientras que algunas imprentas destacaban en sus catálogos la versatilidad de los impresos que salían de sus talleres.¹¹

Las carteleras noticiosas y publicitarias pueden considerarse como impresos que simbolizan las prácticas de la lectura callejera. Desde el siglo XVIII en Colombia, los carteles marcaron una relación permanente entre espacios públicos y lectores, al situarse como objetos esenciales del paisaje urbano y como dispositivos para la construcción de la opinión pública.¹² Para inicios del siglo XX las carteleras de noticias y publicidad ya estaban acopladas a las demandas de los comerciantes, políticos, artistas, empresas periodísticas, gobernantes y público, que buscaban en estos impresos una guía para orientarse e informarse acerca de las complejas dinámicas de la vida moderna.¹³

Aunque en términos estadísticos no se puede establecer con precisión el número de carteles que salían de las imprentas, es posible considerar el incremento de sus usos e impacto a través del seguimiento a las discusiones que se dieron en el Concejo de Bogotá. Por ejemplo, en 1907 la ciudad celebró un contrato con Luis Alberto Arenas para administrar “los tableros de propiedad del Distrito Capital que se hallan colocados en las esquinas y otros lugares de la ciudad, destinados para fijar toda clase de avisos públicos”.¹⁴ Estas carteleras eran una mezcla de anuncios publicitarios culturales, religiosos y políticos, donde también aparecían titulares

¹⁰ Jairo Bermúdez y Claudia Delgado, “Carteles impresos en Bogotá durante el siglo XIX. Exploración y análisis”, *Revista Kepes* 14, n.º 16 (2017): 223.

¹¹ Escuela Tipográfica Salesiana, *Catálogo General* (Bogotá: Escuela Tipográfica Salesiana, 1930).

¹² Natalia Silva Prada, *Pasquines, cartas y enemigos. Cultura del lenguaje infame en Nueva Granada y otros reinos americanos, siglos XVI y XVII* (Bogotá: Universidad el Rosario, 2021), 37.

¹³ Henkin, *City Reading*, 14.

¹⁴ Consejo Administrativo del Distrito Capital, “Arrendamiento de los tableros para fijar avisos. 1907”, Bogotá, 7 de mayo de 1907, Archivo de Bogotá (AB), Bogotá, Fondo Concejo de Bogotá (FCB), folio (f.) 394.

de los principales periódicos, como un gesto para alentar el consumo de la prensa. Su ubicación en lugares estratégicos caracterizados por la alta circulación de personas y por la incesante actividad pública delinearon el ritmo de las actividades en esquinas concurridas, paredes de iglesias, estaciones de ferrocarril, rincones de las plazas y maderas con las que se cubrían las nuevas construcciones, en una asociación entre impresos y espacios públicos y entre lectura y desarrollo urbano.¹⁵

Las carteleras se iban superponiendo unas a otras por la acción silenciosa de los fijadores de carteles, que se dedicaban a ubicar estos impresos en distintos espacios y horas del día.¹⁶ Aunque el trabajo de estos “intermediarios” no se ha hecho visible en las historias de la lectura, su presencia no fue imperceptible para las autoridades encargadas de las leyes de prensa que se preocupaban por los contenidos de los carteles, para las sociedades de embellecimiento interesadas en el orden y la higienización y para algunos de los observadores de la época que intentaban descifrar este singular elemento urbano.¹⁷ En una crónica de 1914 publicada en *El Tiempo* se examinaba la vida del fijador como “ese tipo urbano, que tan importante papel desempeña en las ciudades”¹⁸ y se describía a estos hombres de distintas edades que se movían por las calles con una escalera, un balde de engrudo y un rollo de pósteres, con aspecto “grasiento, mugrosos de tinta, con manchas de engrudo en toda su ropa” y que iban por tableros y quioscos encargándose de decirle al público cuanto le interesara:

Él le ha tocado anunciar la desaparición de muchos seres, él [ha] sido siempre el intermediario entre unos y otros, los que viven y los que han muerto; ha puesto en relación a muchos desconocidos, fabricantes y consumidores, comerciantes y clientes; muchos le deben a él su fortuna, otros su ruina; la virtud de un específico, la fama de un especialista, la fisonomía de un actor, la gloria de un violinista, el valor de una manufactura, la popularidad de un hombre público, la excelencia de un arte, el consumo de una cerveza o de un chocolate

¹⁵ Petrucci, *Alfabetismo*, 59.

¹⁶ Ruth E. Iskin y Britany Salsbury, eds., *Collecting Print, Posters, and Ephemera* (Nueva York: Bloomsbury Visual Arts, 2020), 19; Emiliano Marcelo Clerici, “El lujo de pertenecer: imágenes en los carteles artísticos porteños (1898-1920)”, en *Ilustrar e imprimir. Una historia de la cultura gráfica en Buenos Aires, 1830-1930*, coordinado por Sandra Szir (Buenos Aires: Ampersand, 2016), 225.

¹⁷ “La Ley Heroica”, *El Tiempo* (Bogotá), 1 de noviembre de 1928, 5; Fray-Lejon, “Buenos días”, *El Tiempo* (Bogotá), 22 de enero de 1936, 5.

¹⁸ Uno que Pasa, “Reflexiones de uno que pasa”, *El Tiempo* (Bogotá), 25 de junio de 1914, 2.

le deben a él todo su prestigio o su éxito comercial [...] acaso ni sepa leer o sea una especie de filósofo cínico para quien todo [h]a sido igual.¹⁹

Tal como lo indica la crónica, los fijadores fueron los intermediarios entre el taller de impresión, los comerciantes, los artistas, los políticos y el público lector, y marcaron el compás con el que se desarrollaba algunas prácticas de la lectura callejera que iniciaba con la temporalidad efímera de los carteles, en un ritual en el que el papel pegajoso se adhería “sobre las viejas noticias que algunos todavía estaban leyendo”.²⁰ En otros casos, su presencia era esperada con ansiedad por los algunos lectores que se ubicaban de manera impaciente en las aceras, hasta que ejecutara la orden de las empresas noticiosas o publicitarias de desplegar sus anuncios.²¹

El uso de las carteleras caracterizó algunas de las discusiones sobre la disposición estética de las ciudades, el uso del lenguaje público y los contenidos políticos que allí se transmitían.²² Desde finales de la década de 1910, la Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá (SMOB) en sus sesiones y pronunciamientos llamó la atención sobre la disposición indiscriminada de los carteles mortuorios, de la publicidad impresa que quedaba regada en la ciudad y del uso de las paredes para la fijación de avisos publicitarios.²³ La visión sobre estos problemas se concibió desde la perspectiva higienista de las élites capitalinas que conformaban la SMOB y que tenía una amplia resonancia dentro de las decisiones que tomaba la alcaldía.²⁴ Por ejemplo, en 1930 la sociedad aprobó la intervención de la empresa Publicidad W. Vizcaya para la demarcación de un lugar exclusivo para la fijación de anuncios en el costado sur oriental de la Plaza de Bolívar, enmarcados con

19 Uno que Pasa, “Reflexiones de uno que pasa”, 2.

20 Henkin, *City Reading*, 99.

21 Carlos Puyo Delgado, “Qué clase de lector es Ud?”, *Sábado* (Bogotá), 26 de febrero de 1944, 11.

22 “Carteles difamatorios”, *El Tiempo* (Bogotá), 27 de mayo de 1933, 5; Cosas del día, “Defensa de los muros”, *El Tiempo* (Bogotá), 30 de noviembre de 1950, 5.

23 “Personero Municipal”, Bogotá, 11 de junio de 1931, Archivo Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá (ASMOB), Bogotá, tomo (t.) II, 1930.

24 Rocío Londoño, “Estética, civismo y regulación urbana: la Sociedad de Embellecimiento de Bogotá (1898-1930)”, en *La hegemonía conservadora*, editado por Rubén Sierra (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2018), 386.

bordes de madera y con pintura donde se delimitaba el tipo de carteles y anuncios que debían ser expuestos.²⁵

El Municipio de Bogotá, por su parte, adelantó distintas acciones para regular la fijación de carteles que se extendían en distintos edificios y esquinas de la ciudad. En 1936 se modificaron las funciones para el inspector de avisos, que pasaron a la oficina de Industria y Comercio, con el propósito de hacer cumplir con el uso autorizado de los espacios delimitados, definir un impuesto sobre la disposición de publicidad, acatar la ley de prensa y dar el visto bueno a los carteles que iban a ser ubicados en el espacio público.²⁶ Como parte de estas actividades, el Concejo aprobó la demarcación de aproximadamente 30 lugares distribuidos en distintas zonas de la ciudad para fijar avisos.²⁷ A pesar de los intentos por regular el uso de los impresos, las discusiones fueron permanentes y no se saldaron a favor de los intereses regulatorios y normativos.

Los carteles seguían siendo importantes para la vida de la ciudad. Para el cronista de *Cromos* Carlos Martínez Gamba las carteleras eran “gritos pegados en la pared” que cumplían una función central en la que se ofrecía diariamente a la gente “la información que necesita” para la organización de sus actividades cotidianas.²⁸ Siguiendo esta misma perspectiva de análisis, en la década de 1940 Guillermo Meneses veía que los carteles se habían convertido en una referencia básica para cualquier persona que quisiera entrar en contacto con la existencia de la ciudad y su “tendencia viva”. Cada una de las facetas de la ciudad pasaba por las carteleras en donde se hallaban las múltiples y variadas formas de lo que significaba habitar y construir la ciudad:

Si pudiéramos ir separando las hojas que fueron pegadas consecutivamente podríamos llegar a hallazgos preciosos semejantes a los que los arqueólogos obtienen en continuadas excavaciones que les ofrecen tres y cuatro versiones de la misma ciudad bajo diversas épocas. Si sepáramos uno tras otro podríamos llegar al conocimiento de la ciudad que rie, de la ciudad empeñada en labores culturizadoras, de la ciudad política, de la ciudad que rinde culto a la muerte...

²⁵ “Secretario Municipal de Gobierno”, Bogotá, 19 de febrero de 1931, ASMOB, t. II, 1931.

²⁶ “Nuevas disposiciones sobre obras públicas dictó ayer el Alcalde”, *El Tiempo* (Bogotá), 1 de agosto de 1936, 1.

²⁷ “Fueron fijados ayer los lugares para la colocación de avisos”, *El Tiempo* (Bogotá), 12 de junio de 1936, 14.

²⁸ Carlos Martínez Gamba, “Gritos pegados en la pared”, *Cromos* (Bogotá), 25 de enero de 1947.

de todas las formas que Bogotá adopta y de todas las facetas que perfilan la imagen de la múltiple Bogotá.²⁹

El uso de las carteleras públicas no fue un fenómeno exclusivo de la dinámica de las principales ciudades. Pequeños y medianos poblados activaban su vida alrededor de las carteleras noticiosas y de las actividades públicas que allí se promovían. En 1945 el antropólogo Andrew Hunter Whiteford describió el ambiente de la vida cotidiana de la ciudad de Popayán en donde los carteles noticiosos se convertían en el más importante medio de comunicación, además que proyectaba los múltiples colores de esa ciudad, clavada en el sur de los Andes colombianos:

Un lugar iridiscente en la esquina afuera del café atrae la mirada de cualquiera que pase. Ahí con todos los colores llamativos, se encuentra uno de los medios más importantes de la comunicación en Popayán: la cartelera esquinera. Un anuncio colorido es pegado sobre otro hasta que sus muchas adiciones se sobreponen y producen y forman de manera espontánea la apariencia de una pintura abstracta de un Kandisky quizás.³⁰

Las carteleras publicitarias y noticiosas se convirtieron en espacios en los que los ciudadanos desprevenidos quedaban paralizados y ante los cuales un grupo de personas murmuraban y comentaban la información allí expuesta. Frente a las carteleras, las opiniones se ventilaban sin mayores restricciones: desde el “comentario sarcástico”, la “máxima filosófica”, el chiste o una triste observación sobre la “índole contradictoria de los humanos” y, en general, sobre los pensamientos que “corren sus líneas entre los trazos del complicado mosaico que forman los carteles”.³¹ De la misma forma, las polémicas políticas y el desarrollo de los acontecimientos internacionales alentaron las controversias que se tejían alrededor de la lectura de las carteleras. Por ejemplo, durante la Segunda Guerra Mundial, la multitud se concentraba para leer con “avidez los tableros noticiosos” que de manera inmediata servían para “sostener la apasionada disputa en favor de la potencia de sus simpatías”. La discusión iba de la calle a la mesa de los cafés,

29 “Los carteles de Bogotá”, *Sábado* (Bogotá), 4 de mayo de 1946, 8.

30 Andrew Hunter Whiteford, *Popayán. Una ciudad tradicional andina de mitad de siglo XX* (Popayán: Universidad del Cauca, 2019), 98.

31 “Las carteleras de Bogotá”, 8.

en donde se corregían “todos los errores” y se enmendaban “los desaciertos de los altos dirigentes de los países en guerra”.³²

Esta misma dinámica se reproducía en otros lugares céntricos, como cafés, plazas, calles y parques públicos, pero con otros soportes, como el periódico, que también sirvió de catalizador de las controversias políticas, de la información cotidiana y de la lectura informativa y de ocio. Con distintos ritmos, la prensa en América y Europa entró en un proceso de modernización desde finales del siglo XIX e inicios del siglo XX en el que se incorporaron nuevas maquinarias, técnicas de impresión y nuevos contenidos que respondían a las expectativas de la vida en las ciudades.³³ Para Luis Cano, director del periódico *El Espectador*, en el proceso de “industrialización” de la prensa, que definía sus contornos más claros en Colombia hacia la década de 1920, se revelaba “una influencia mucho más amplia a la difusión de ideas”, lo que significaba que los periódicos eran el espacio para la disputa política, que pasaba por la elaboración de contenidos de acuerdo con las necesidades de información sobre la vida local e internacional, los nuevos objetos de consumo, las crónicas policiales, los deportes, la vida cotidiana, entre otros.³⁴

La práctica de la lectura pública de prensa se fue propagando por la acción de los voceadores, quienes se ubicaron en el nudo central de la difusión de contenidos y la definición de los gustos de los lectores y a los que se les podía ver merodeando en los espacios públicos desde la segunda mitad del siglo XIX, hasta que a mediados de la década de 1920 ya representaban un gremio consolidado, en algunos casos articulado con sindicatos que promovían la dignificación del gremio en ciudades como Medellín, Cali, Bogotá y Manizales.³⁵ El gremio, que se fue conformado inicialmente por “gamines” y “chinos” de la calle, se amplió hasta incluir mujeres, jóvenes y adultos que recorrían las calles, se subían de manera intrépida a los tranvías y se aventuraban en busca de lectores en los ferrocarriles nacionales y en los puertos ribereños.³⁶ Aunque en las historias de la edición y la lectura las facetas de selección, decantación de contenidos y construcción de gustos lectores se han atribuido

32 “La vida en el café”, *Estampa* (Bogotá), 26 de julio de 1941, 2.

33 Fritzsche, *Berlín 1900*, 64; Sylvia Saitta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2013), 30.

34 “Una hora con Luis Cano”, *Lecturas dominicales* (Bogotá), 26 de junio de 1927, 51.

35 Ximenes, “Historia de los primeros voceadores”, *El Tiempo* (Bogotá), 4 de febrero de 1942, 4.

36 Felipe González Toledo, “Los voceadores de prensa a través de 17.000 jornadas”, *El Tiempo* (Bogotá), 30 de enero de 1961, 13; Hermes Osorio, *Vagamundo. Historia social de la infancia en Antioquia, 1892-1936* (Bogotá: Universidad Cooperativa de Colombia, 2021), 280.

particularmente a la acción de editores y libreros, los voceadores desarrollaron estrategias similares a través de “prácticas enunciativas” con las que canalizaron el interés de los lectores en la calle y los modernos sistemas de transporte.

La actividad del voceo iniciaba en las horas de la madrugada al frente del taller de imprenta, y mientras que unos alistaban el “pregón de batalla” otros colaboraban doblando los periódicos y ayudando a mover algunas máquinas. Las estrategias para atraer lectores se relacionaron con identificar sus intereses, que se decantaban por los periódicos satíricos, la “crónica roja” y algunos temas políticos de impacto nacional y mundial.³⁷ Hacia finales del siglo XIX el editorialista del periódico *Tío Juan* ya advertía esta situación cuando afirmaba, sin disimular su preocupación, que los muchachos voceadores “son los que dan la ley e imponen su gusto a los lectores, como prueba el hecho de que los periódicos de caricaturas incomprendibles y monos ridículos se venden más que los periódicos serios y que contienen lecturas de algún valor”.³⁸

Por su parte, los acontecimientos locales e internacionales que exigían la publicación de números extraordinarios disparaban la actividad de los voceadores y la lectura callejera. Los voceadores reconocían que las guerras mundiales, los asesinatos “célebres”, como el de Rafael Uribe Uribe (1914) y del presidente peruano Luis Miguel Sánchez Cerro (1933), eran acontecimientos particulares que aumentaban el consumo de periódicos.³⁹ A propósito de otros sucesos de impacto internacional se podía ver a los voceadores cercados por un grupo de compradores y lectores interesados, que se volcaban a comprar los diarios ante la noticia de la capitulación de Francia en la Segunda Guerra,⁴⁰ mientras que en otras imágenes los voceadores se mezclaban con las multitudes, que se paralizaban leyendo las carteleras noticiosas a la expectativa del desarrollo de los acontecimientos bélicos y así, entre los comentarios de los transeúntes, anunciaban las novedades de la prensa.⁴¹

A través del voceador se daba un contacto inmediato entre el periódico y el lector, sin que se percibieran diferencias notables en las actividades comunes de

³⁷ Acosta, *Lectura y nación*, 105. Para el caso latinoamericano, ver: Guillermo Sunkel, *Razón y pasión en la prensa popular* (Buenos Aires: Desconcierto, 2016), 81.

³⁸ “Un buen negocio”, *Tío Juan* (Bogotá), 28 de septiembre de 1899, 4.

³⁹ González, “Los voceadores de prensa”, 13

⁴⁰ “Al conocerse en Bogotá la grave noticia de la capitulación de Francia”, *El Gráfico* (Bogotá), 22 de junio de 1940, 375.

⁴¹ “La vida en el café”, 2.

caminar, trabajar y leer. Los reporteros gráficos en varias ocasiones captaban a los lectores con sus periódicos en contextos que se superponían a sus oficios o en sus cortos descansos. En los fotorreportajes se resaltaba el carácter popular de sus lectores y las diversas formas de lectura colectiva e individual, como la que protagonizaban los miembros de la familia que se reunían alrededor de la prensa, un colectivo de campesinos que suspendían sus labores para leer en voz alta y un trabajador informal en su carreta, leyendo en los cortos espacios que dejaban sus actividades cotidianas.⁴²

La diversidad de lectores de prensa en la calle fue representada con mayor detalle por *El Liberal* de Bogotá. En una nota en homenaje a sus lectores, el diario capitalino describía sus características, sus gustos y las modalidades de lectura. Allí se destacaba la constitución social diversa de los lectores, su carácter “eminente popular” y a los jóvenes como sus lectores más asiduos.⁴³ Mientras que los estudiantes leían en cafés interesados por “la página de la vida social, las crónicas y las historietas”, los niños eran atraídos por las aventuras de “Terry y los Piratas, de Pepín, el Agente Secreto X 9 y con el Reyecito y el Centinela”. Una mujer se liberaba de la vida doméstica para leer el periódico, mientras que los niños corrían por el parque. En estos pequeños espacios de la vida cotidiana un vendedor ambulante de tapices descansaba de su ardua labor leyendo la crónica sobre “los problemas exteriores de Europa” y sobre la paz de Múnich “acompañada por un recrudecimiento de la persecución judía”.⁴⁴

La lectura callejera de la prensa en no pocas ocasiones puso en riesgo la integridad del lector al pasar por las calles sin fijarse en el tráfico, otros peatones o los huecos de las alcantarillas. Los directores de periódicos estuvieron al tanto de esta situación y, gracias a las transformaciones técnicas de la industria gráfica, modificaron el formato para darle mayor movilidad física al lector. El paso de la sábana de 60 x 70 cm al formato tabloide de 28 x 43 cm facilitó su uso y lectura en una ciudad moderna, de intenso flujo de personas y de tráfico. Con este formato, el lector podía hacer todo tipo de maniobras arriesgadas en las calles o en el transporte público, porque no iba cubierto por el diario, como ocurría con el formato grande,

42 “Un obrero sorprendido por nuestro repórter gráfico leyendo ‘UNIRISMO’”, *Unirismo* (Bogotá), 21 de junio de 1934, 3.

43 “Lectores de ‘El Liberal’”, *El Liberal* (Bogotá), 28 de noviembre de 1938, 14.

44 “Lectores de ‘El Liberal’”, 14.

y ello permitió, a su vez, que la lectura de revistas y periódicos se desarrollara *in situ*, ya que no se precisaba “llegar a casa para comenzar la lectura”.⁴⁵

El viaje de la lectura pública por los trenes y el tranvía

La lectura pública iba creciendo con las ciudades y la expansión de los modernos sistemas de transporte, como los trenes y tranvías. Estos aparecieron en 1910 en Bogotá y Medellín y desde ese momento se convirtieron en escenarios cotidianos de la lectura pública.⁴⁶ El número de viajes por persona aumentó progresivamente como resultado de la ampliación de las distancias entre lugares y el crecimiento de las ciudades. Como ilustra Pilar López, en 1920 una persona en Bogotá podría realizar un promedio de 60 viajes, y para 1940 podía alcanzar la cifra de 126 movimientos individuales; por su parte, en Medellín, según información recabada por Catalina Reyes, el número de pasajeros transportados en el tranvía pasó de 499 en 1921 a 15.904 en 1946.⁴⁷ Asimismo, la composición diversa de los usuarios, que provenían de los barrios populares y de élite, convertía al tranvía en un espacio en donde, según los observadores de la época, se practicaba la democracia de “manera instintiva”, ya que a bordo a todos los “nivela[ba]n los mismos riesgos. Idénticas incomodidades y la forzosa camaradería de media hora de viaje”.⁴⁸

Tal y como ocurría con los trenes, la tertulia entre pasajeros y la lectura se convirtió en un recurso invariable para hacer menos traumático el recorrido. La lectura en el tranvía se caracterizaba por el uso del corto tiempo para informarse de las noticias del día y para estar al tanto de los pormenores del acontecer local e internacional. Asimismo, era una práctica de lectura que tenía que sortear mayores dificultades, como espacios reducidos, cuerpos que se comprimen, paradas y gritos de los pasajeros. El caricaturista Adolfo Samper ilustró las siluetas de la ciudad en el “tranvía visto por dentro”, en donde el lector resaltaba frente al bullicio y tumulto de los pasajeros, que daban la apariencia de estar unos encima de los otros.⁴⁹ Las quejas de los usuarios eran recurrentes ante las conversaciones en voz

⁴⁵ “¡Salió Estampa!”, *Estampa* (Bogotá), 24 de diciembre de 1938, 10.

⁴⁶ Catalina Reyes, *La vida cotidiana en Medellín, 1890-1930* (Bogotá: Colcultura, 1996), 24; María del Pilar López, *Salarios, vida cotidiana y condiciones de vida en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX* (Bogotá: Universidad de los Andes, 2011), 39.

⁴⁷ Reyes, *La vida cotidiana* 24; López, *Salarios*, 39.

⁴⁸ Luis Eduardo Abello, “A través de Bogotá en un Tranvía”, *Estampa* (Bogotá), 23 de noviembre de 1940, 40.

⁴⁹ “El tranvía por dentro”, *Sábado* (Bogotá), 8 de diciembre de 1945, 16.

alta entre vecinos, los gritos del conductor, los fumadores, el “tenorio tranviario” que contaba sus penurias y pedía dinero, el “acatarrado perpetuo” y los vendedores de lotería y voceadores que iban prendidos del vagón.⁵⁰

En la crónica de Luis Eduardo Abello se informaba de una situación similar en la que el lector luchaba por concentrarse, mientras que la conversación entre pasajeros servía de telón de fondo de una lectura que se hacía más difícil a medida que se avanzaba:

La tertulia, especialmente entre las señoras, se inicia de banca a banca. Usted, lector, que ha sacado su periódico para saborear los triunfos de las democracias, procura acomodarse lo mejor posible para hacer el recorrido hasta su oficina o “devengadero”. Es inútil. La charla de los pasajeros no lo deja concentrarse.⁵¹

La lectura pública en los modernos sistemas de transporte trascendió de los estrechos límites de las ciudades y municipios. La “trashumancia de los impresos” se extendió por la acción de los voceadores, que incursionaron en las principales líneas del ferrocarril y puertos del río Magdalena que conectaban el interior del país con las costas. Pedro Durán fue uno de los voceadores que decidió en la década de 1910 salir de la capital para hacer un largo trayecto en tren, a pie y en burro, para posicionarse en los municipios de Tocaima y Girardot el consumo de *El Tiempo*, *El Nuevo Tiempo*, *El Republicano*, *La Gaceta* y *El Comentario*.⁵² Por su parte, Vicente Mayor, uno de los primeros voceadores de *El Tiempo*, conocido como “Bambuco”, hizo los primeros viajes a pie desde Bogotá al puerto de Honda cargando a sus espaldas 300 ejemplares de prensa. En su itinerario o “peregrinación” iba “por ferrocarril a Girardot”, “navegaba por el alto Magdalena hacia Beltrán, y por vía férrea, nuevamente hasta Honda”.⁵³ En algunas ocasiones, para evitar este sinuoso y demorado recorrido, Bambuco tomaba el tren de Bogotá a Facatativá para llegar a Honda mucho más rápido, aunque esto significaba dejar sin periódico a los lectores de la ruta más larga.

A medida que la red ferroviaria se ampliaba con el despegue de la economía cafetera y nuevas líneas, como las de Bolívar (1869), Antioquia (1874), Cúcuta

50 López, *Salarios, vida cotidiana*, 39.

51 Luis Eduardo Abello, *Estampa* (Bogotá), 23 de noviembre de 1940, 40.

52 “Voceador de prensa”, *El Tiempo* (Bogotá), 28 de noviembre de 1977, 5.

53 González, “Los voceadores de prensa”, 13.

(1878), el Pacífico (1878), la Dorada (1882), Girardot (1881), Santa Marta (1882), la Sabana (1882) y el Tolima (1883), fueron apareciendo los intrépidos voceadores y vendedores de libros y revistas.⁵⁴ Estos sujetos empezaron a ser parte de la dinámica de los espacios del tren y de la aparatosa actividad que se desarrollaba antes del inicio del recorrido: se paseaban por las paradas de los ferrocarriles, corrían entre los carros e iban entre estación y estación en busca de lectores. Esta presencia recurrente fue objeto de polémicas constantes entre los administradores de los ferrocarriles, los directores de periódicos y el gremio de vendedores de periódicos.⁵⁵

Los reclamos por el desorden generado por los voceadores en los carros de los ferrocarriles, el uso irregular de los uniformes, los gritos y las exenciones al pago del boleto llevaron a que algunos administradores consideraran sacarlos de las estaciones.⁵⁶ Ante la imposibilidad de que la prensa pudiera circular y ser vendida en los ferrocarriles y recorriera distintas regiones, los gerentes de los principales medios impresos en Bogotá, como *El Tiempo*, *El Espectador*, *La Razón*, *El Siglo*, *Gráfico* y *Cromos*, se pusieron al frente de las reivindicaciones de los voceadores. En una carta conjunta enviada en 1939 al Consejo Administrativo de los Ferrocarriles manifestaban la necesidad de que se dictara una disposición para permitir que los voceadores, “quienes ponen en manos del público lector nuestros periódicos y revistas”, fueran “admitidos en los carros de los diferentes ferrocarriles para llevar a cabalidad su cometido”.⁵⁷

La controversia se centraba en el hecho de que para la administración de los ferrocarriles junto con los vendedores de periódicos aparecían otros vendedores y sujetos que aprovechaban la oportunidad para robar a los pasajeros. Ante esta situación se proponía como medida que se permitiera “penetrar en los carros a los voceadores de prensa, mediante la presentación de su pase, concedido por esa superioridad, junto con el certificado de la policía, sobre buena conducta”.⁵⁸ Hacia finales de 1939, *El Tiempo* volvía a insistir en la medida y consideraba que la restricción para la venta en los ferrocarriles no se hiciera “extensiva a los voceadores de prensa, ni a los vendedores de revistas y de libros”. El argumento se

54 Felipe Gutiérrez Flórez, *Las comunicaciones en la transición del Siglo XIX al XX en el Sistema Territorial Colombiano* (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2012), 208.

55 “El Ferrocarril del Norte”, *El Heraldo* (Bogotá), 21 de febrero de 1899, 3.

56 “Facilidades a la prensa”, *El Tiempo* (Bogotá), 8 de octubre de 1930, 5.

57 “Facilidades a la prensa”, 5.

58 “Facilidades a la prensa”, 5.

ampliaba a la defensa de la lectura como una práctica habitual del pasajero, que “con imaginación suele cansarse del examen cotidiano del paisaje y en viaje largo necesita leer”, y se añadía que, ante la carencia de quioscos especiales para la compra de impresos, era necesario el permiso a los voceadores y vendedores de libros y revistas.⁵⁹

La lectura en el ferrocarril sedimentó la presencia permanente de libros, revistas y periódicos. Guido Enríquez, en su viaje de Bogotá a Ibagué, comentaba que mientras las vendedoras de gallina, papas y cervezas acechaban al viajero en el paso del tren, los jóvenes voceadores aprovechan para anunciar la prensa. Así, una vez el ferrocarril se ponía en marcha, “la voz de los gamines choca[ba] violentamente contra el pavimento de la estación” para dar inicio al periplo de lectura del pasajero.⁶⁰ La lectura en el tren tenía propósitos y usos diversos: había pasajeros a quienes les interesaba la lectura informativa y las noticias del día y otros que solo buscaban el ocio y distracción. Enríquez relataba que, luego de asegurarse el periódico y la revista antes del inicio del trayecto, y una vez cambiaba el paisaje de la ciudad, buscaba maquinalmente las lecturas que había llevado para distraerse. La lectura, en su caso, era furtiva y pasaba de la prensa al libro buscando algo que pudiera ser leído con mayor gusto:

Devoré las noticias sin interés alguno, como si fuesen un bocado acostumbrado. Los artículos de fondo tampoco llamaron mi atención. Los diarios volvieron a su lugar, pero bastante abollados por el manoseo. Las páginas no guardaban orden alguno. Resolví, pues, comenzar la lectura de un libro. El prólogo y tres capítulos pasaron ante mi vista.⁶¹

Asimismo, en un viaje con una comitiva oficial entre ministros y parlamentarios, otro cronista de *Estampa* relataba que, entre la tertulia y el paisaje, los pasajeros sacaban los libros y revistas que habían empacado para el viaje o les habían suministrado los vendedores al inicio del trayecto. El parlamentario José de la Vega, comentaba la crónica, desempacaba con cuidado la literatura francesa que llevaba en su maletín como “necessaire de viaje” y leía la *Revue des Deux Mondes* y Heriot y, cuando el tren avanzaba, quedaba dormido entre “periódicos y literatura

59 “La venta de periódicos en los carros del ferrocarril”, *El Tiempo* (Bogotá), 29 de septiembre de 1939, 16.

60 “Caminemos por la vía férrea”, *Estampa* (Bogotá), 2 de septiembre de 1940, 39.

61 “Caminemos por la vía férrea”, 39.

francesa”.⁶² De la misma forma, en las notas gráficas sobre el turismo que se abría con la creación de las nuevas líneas férreas se mostraban las distintas actividades que realizaban los pasajeros en el trayecto, entre las cuales estaba la lectura, que hacía parte de las actividades imprescindibles de los pasajeros, ocupados en pensar, dormir, leer y reír.⁶³

Leer escuchando: lectura pública y censura

La experiencia de la lectura y las prácticas lectoras se fueron acoplando a la calle, los modernos sistemas de transporte, las plazas y los parques.⁶⁴ El espacio público configuró un tipo de lectura particular, que puede ser denominada *lectura mediante la escucha*, en referencia a la experimentación de otros sentidos en el proceso de lectura. En este caso, con algunos impresos no se necesitaba “saber leer”, en el sentido convencional del término, o descifrar el código alfabético para acceder a la palabra impresa. Esta práctica de lectura mediante la escucha hacia que se desdibujaran las diferencias entre el público letrado y analfabeto.⁶⁵

La lectura de carteles fue uno de los escenarios principales de la escucha y la lectura callejera, ya que en los corrillos se murmuraba y comentaba el contenido de los anuncios y algunos de los signos y símbolos podían ser identificados por cualquier persona. Este espacio produjo un encuentro entre la cultura oral y la cultura escrita, en el que cualquier transeúnte desprevenido se podía sentir atraído por el rumor colectivo y podía polemizar sobre lo que otros comentaban. A diferencia de otras prácticas de lectura normativa, que se fue imponiendo a los sectores populares y en las que no se podían afectar o impresionar por lo que leían,⁶⁶ esta modalidad de lectura pública concentraba elementos de una práctica más democrática, en la que no existía un elemento de exclusión que se impusiera como una barrera para que cualquier ciudadano pudiera detenerse frente al cartel.

62 “Turistas al tren”, *Estampa* (Bogotá), 16 de diciembre de 1939, 8.

63 “Turista al tren”, 8.

64 Sobre la lectura en el espacio público, ver Christine Pawley, *Reading Places. Literacy, Democracy, and the Public Library in Cold Ward America* (Boston: University of Massachusetts Press, 2010), 9; Luis García Ejarque, *Historia de la lectura pública en España* (Asturias: Trea, 2000).

65 Roger Chartier, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* (Madrid: Alianza, 1993), 111.

66 La investigadora Diana Guzmán ha denominado esta forma de control de la lectura como una práctica que evita leer con *pathos*, es decir, dejarse impresionar o afectarse. Diana Guzmán, “La buena lectura y la razón pública: leer sin *pathos*”, *Estudios de Literatura Colombiana* 14, n.º 16 (2014): 103.

De la misma manera, como ocurría con la lectura callejera de otro tipo de impresos, la lectura de carteles generó una opinión directa y casi instantánea de lo que se leía. Carlos Puyo describía esta práctica, en la que los lectores sentían el afán de enterarse de todo aquello que se ponía en los tableros y pizarras de las empresas periodísticas, para opinar y estar al tanto de los temas de actualidad:

Ellos que muchas veces se esperan ansiosos media hora y más, hasta que la respectiva empresa despliega el anuncio del contenido de su órgano de publicidad, siguen su marcha hacia el hogar, el café o la oficina, después de haber incomodado a satisfacción a los transeúntes. El tema favorito de su próxima conversación es, por supuesto, lo que han leído y deducido de los tableros. Tienen al parecer un afán en aparecer muy al corriente de los sucesos.

Más disimulados que los anteriores son los que, como resultado de la rutina, generalmente burocrática, han sincronizado su vida y costumbres de tal modo, que al salir de sus oficinas, almacenes u ocupaciones, se encuentran fijados ya los carteles impresos de los diarios [...]. En esos carteles sienten la sensación de quedar enterados de todo. Inclusive de lo que no ha ocurrido.⁶⁷

Esta experiencia de lectura resultaba ser uno de los mecanismos más libres para la controversia y un escenario en el que se expresa la *igualdad de las inteli-gencias*, en donde las opiniones y las acciones no se discriminan entre propias de letrados y no letrados. La lectura se despliega como un entrelazamiento de prácticas, maneras de hacer y modos de actuar que no están determinados por unas asignaciones fijas sobre lo que significa leer y opinar en un escenario común. Así, el “leer escuchando” se configura como una práctica que se opone a la perspectiva previamente determinada de la modernidad ilustrada, que suponía la participación de los ciudadanos en la esfera pública a partir del uso de la razón y se expresaba exclusivamente en la lectura y escritura de periódicos y libros.⁶⁸

Sin embargo, no solo los carteles producían este interesante juego entre la palabra impresa y la oralidad. La lectura en voz alta no era una práctica exclusiva de los sectores populares con precarios índices de alfabetización. Los estudiantes e intelectuales también leían los periódicos y revistas en corrillos y comentaban

67 “Qué clase de lector es Ud”, 11.

68 Jacques Rancière, *La noche de los proletarios. Archivos del sueño obrero* (Buenos Aires: Tinta Limón, 2017), 8.

las noticias y sus escritos, “después de leerlos en voz alta para su vecino”, mientras que en otros círculos, en medio de la calle, se iba “tejiendo un comentario alrededor de un tema editorial”.⁶⁹ Aunque la lectura de la prensa también buscaba espacios más serenos e íntimos, los usos “callejeros” y públicos permitían un conocimiento de la información inmediata y la posibilidad de ofrecer un punto de vista directo sobre lo que se leía. Se trata de una recepción que no se vuelca a las formas de la elaboración escrita, sino que está definida por el potencial de la oralidad.⁷⁰

Estos usos callejeros de los impresos permiten apreciar una práctica de lectura que traspasa las divisiones socioeconómicas para situarse en una modalidad compartida y usada por distintos grupos sociales.⁷¹ Más que un proceso de jerarquización y de delimitación entre lo público y privado o entre la lectura silenciosa y en voz alta, lo que se puede identificar son las convergencias y transiciones que se dan entre una y otra modalidad de lectura. Precisamente, la descripción de los lectores elaborada por Puyo insistía en estos rasgos, en donde los lectores públicos aparecían en “peluquerías, consultorios y lugares en que se lustran”, en donde se facilitan gratis, como una atracción, los diarios, cuyos ejemplares podían pasar por “cuarenta o cincuenta manos” hasta su incursión en las prácticas de lectura en el hogar:

Es frecuente el caso de que un periódico que se entrega en una casa lo lee primero el señor, que lo pasa a la señora, de ésta va a manos de las señoritas y de los muchachos, para terminar en las de las criadas... cuando estás saben leer.⁷²

Una situación que se desprende de esta multiplicación de espacios y prácticas de lectura pública es la mirada vigilante sobre los lectores que fueron minuciosamente auscultados sobre sus hábitos de consumo, sobre los impresos que adquirían y los usos cotidianos que podrían derivarse de esas lecturas. Aquí se deslizaba una censura abierta y moral en la que se aspiraba a la definición de un “lector ideal” que debía responder a ciertas orientaciones normativas elaboradas por los políticos, intelectuales, periodistas, el clero y el Ministerio de Educación Nacional. El control sobre los contenidos se presentó en las distintas fases del ecosistema de

69 “Lectores de ‘El Liberal’”, 14.

70 Waquet, *Hablar como un libro*, 17.

71 Acree, *La lectura cotidiana*, 57.

72 “Qué clase de lector es Ud”, 11.

los impresos y contra sus agentes: impresores, editores, libreros, voceadores, pegadores y lectores.⁷³ Aquí nos interesa destacar algunos mecanismos de la censura de la “lectura callejera” que, por ser “menos perceptibles”, no han sido considerados con la atención necesaria.

En los espacios públicos los lectores fueron vistos con sospecha, por las tensiones inminentes que podrían generar la lectura de panfletos, hojas, carteles y periódicos. La lectura de carteles, que parece un escenario en apariencia desprovisto de reglas, desencadenaba una censura previa e inmediata. La concurrencia del público frente a las carteleras hizo que las leyes de prensa vigentes en la primera mitad del siglo XX, como la Ley 51 de 1898, la Ley 29 de 1944 y los códigos de policía, fueran particularmente incisivas con la utilización política de los carteles. Por ejemplo, el Código de Policía de Cundinamarca de 1926, que seguía las orientaciones de la legislación de prensa, indicaba las sanciones sobre los impresos no autorizados:

El que fije o estampe impresos o escritos, imágenes u otro objeto que presente carácter indecente u obsceno, en cualquier lugar visible para las personas que pasen por la calle, por una vía pública o por cualquier otro sendero, el que reparta o trate de repartir los mismos objetos, o los muestre y trate de mostrarlos, incurrirá en una multa de veinticinco pesos.⁷⁴

La celosa mirada sobre el lector callejero se combinaba con la inspección de algunas prácticas utilizadas por los voceadores de prensa que se ubicaban cerca de las carteleras noticiosas y que podían ser, a juicio de las autoridades, objeto de alteración del orden. En 1903 el alcalde de Bogotá prohibió “anunciar los artículos contra las personas, señalándolas con sus nombres propios, y decir el nombre de los autores cuando estos no firmen sus escritos”; además, la policía había agregado a esta disposición la eliminación de las distinciones que hacían los voceadores sobre la prensa liberal y conservadora; en este caso estaba prohibido que vocearan diciendo “La Constitución conservadora ó El Fondo Agrario liberal”. En otras palabras, aquellos que enfatizaran en el carácter partidario de la publicación eran

⁷³ Robert Darnton, *Censores trabajando. De cómo los Estados dieron forma a la literatura* (Ciudad de México: FCE, 2014), 16.

⁷⁴ *Código de Policía de Cundinamarca* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1926), 117.

conducidos a la Central de Policía.⁷⁵ Asimismo, en algunas situaciones la censura de un periódico y su excomunión, cuando la iglesia lo decretaba, se hacía extensiva a todo el circuito de los impresos, como le ocurrió al periódico *El Dardo*, de la ciudad de Tunja, al que se la aplicó la excomunión, extensible a “todos los lectores, anunciantes y aun voceadores de este periódico”.⁷⁶

De esta forma, la censura y las leyes de prensa se fueron estructurando con un mismo núcleo común sobre la regulación de impresos que circulaban en la calle y las voces que hacían resonar sus contenidos. Por ejemplo, la legislación insistió en la capacidad que tenían estos impresos efímeros para quebrar la “normalidad” de la vida política cotidiana. En los artículos 10 y 11 de la Ley 29 de 1944 se contemplaba tanto el arresto a “los que por medios escritos o impresos vendidos o distribuidos, inciten o cooperen a la comisión o ejecución de un hecho contemplado como delito por la ley”, como la intervención de la policía para prohibir la fijación en los muros de “hojas anónimas”.⁷⁷ La movilidad de estos impresos y su impacto inmediato en la opinión pública ponía en alerta al aparato normativo y policial, el cual prestaba particular atención a estos impresos, que podían aparecer de forma indeterminada en cualquier momento del día.

Sin embargo, no solo el Estado y el clero propiciaron un ambiente de rechazo de los contenidos de los impresos que circularon en la calle: otros agentes impusieron una *censura moral* sobre lo que los lectores podían encontrarse. En este caso, no implicaba el cierre o eliminación de algún contenido impreso, sino la condena del tipo de lectura que hacían, sus contenidos y los posibles usos que se podían derivar de estas. De manera particular, los usos políticos de los carteles publicitarios demandaron mayor atención por parte de las distintas culturas políticas que los utilizaban en las controversias públicas y para la difusión de las disposiciones, acuerdos y nuevas orientaciones. Todas las culturas políticas, liberales, conservadores y de izquierdas se interesaron por situar en los carteles callejeros consignas, orientaciones e imágenes de sus dirigentes como una forma de hacer que sus ideas

75 “Sueltos”, *El Relator* (Bogotá), 19 de mayo de 1903, 3.

76 “Nacional”, *La Organización* (Medellín), 4 de agosto de 1911, 3.

77 República de Colombia, “Ley 29 de 1944. Por la cual se dictan disposiciones sobre prensa, y decreto número 109 de 1945 que las reglamenta” (Bogotá: Imprenta Nacional, 1945), 4.

se difundieran entre muchos más sectores y ganaran espacio en las discusiones y polémicas de la vida cotidiana.⁷⁸

Las culturas políticas de izquierdas aprovecharon este recurso para irrumpir en la opinión polemizando contra las autoridades locales en algunos municipios del país. En 1928, en la zona petrolera de Barrancabermeja, el alcalde encargado se quejó del director del periódico *El Socialista* de Bogotá por el envío de unos carteles que fueron fijados en las esquinas del municipio con denuncias a las autoridades y miembros de la Tropical Oil Company.⁷⁹ Episodios similares se presentaron en la zona bananera, en la región del Magdalena, en donde fue capturado un miembro del comité regional del Partido Comunista Colombiano (PCC) que, según el informe del inspector de policía, fue capturado mientras fijaba “en los lugares públicos distintos cartelones, los cuales decomisó la policía y cuyos contenidos decían así: ‘Exigimos la tierra para los campesinos; Muera el latifundio; No más régimen de explotación’”.⁸⁰

Los contenidos de los carteles y la atracción de los públicos se convirtieron en un asunto de fricción y polémica que trascendió a la prensa. En 1937, Efraín Gómez Leal, director gráfico del periódico *Tierra*, de orientación comunista, centró el contenido de la tira cómica *Juan Pueblo* en una crítica de la difusión de carteles para las actividades del primero de mayo por parte del gobierno liberal de Enrique Santos (1938-1942). En la ilustración se observaba a Juan Pueblo rompiendo carteles “santistas” mientras proclamaba que “los políticos ladinos/ como la zorra del cuento/ quieren con carteles finos/ atraer los sindicatos”.⁸¹ Al año siguiente fueron los sectores moderados del liberalismo los que a través del periódico *La Razón*, asociado a la Acción Patriótica Económica Nacional, reaccionaron con alarma ante la sensación que había generado “en las masas populares” la publicación de un “clisé” en las carteleras noticiosas con las orientaciones del Comité Central del Partido Comunista.⁸²

⁷⁸ Pedro José Duque *et al.*, *Cartel ilustrado en Colombia, Década 1930-1940* (Bogotá: Universidad Jorge Tadeo Lozano, 2009), 209.

⁷⁹ Pedro Luis Ortiz, “Carta al Ministro de Gobierno”, Barrancabermeja, 26 de octubre de 1926, Archivo General de la Nación (AGN), Bogotá, Sección República (SR), Fondo Ministerio de Gobierno (FMG), Sección Quinta, caja 3, carpeta 4, f. 33.

⁸⁰ Inspección de Policía, “Expediente sobre los comunistas”, Guacamayal, 21 de marzo de 1931, AGN, SR, FMG, Sección Primera, leg. 127, f. 261.

⁸¹ “Aventuras de Juan Pueblo”, *Tierra* (Bogotá), 21 de abril de 1937, 6.

⁸² “La declaración del Partido Comunista Colombiano”, *Tierra* (Bogotá), 12 de enero de 1938, 1.

De las polémicas políticas desarrolladas en torno de los carteles se transitaba a la censura moral sobre los impresos que podían encontrar los “lectores desprevenidos” en la calle o exhibidos en los escaparates de las librerías. Las campañas antipornográficas, que tomaron nuevos bríos a inicios del siglo XX con la difusión del cine, el diseño de estrategias publicitarias y la popularización de las revistas gráficas, fueron la dosis regulatoria que se promovió para contender los gustos de los lectores públicos.⁸³ El tono moralista de las campañas se orientó contra de los impresos gráficos que podían encontrar los lectores y transeúntes expuestos en las paredes céntricas y esquinas y que, según el criterio de las autoridades, hacían parte de una propaganda “pornográfica” contraria “a la moral de esta ciudad”.⁸⁴

Las campañas se concentraron en los carteles publicitarios cinematográficos, la disposición de las vitrinas de las librerías y los puestos de revistas y fue amplificada a las ferias del libro, en donde se puso en cuestión las revistas que exhibían ilustraciones del cuerpo, así como las novelas policiales y románticas.⁸⁵ En este caso, la censura material de carteles, libros, periódicos y revistas era complementada con la censura moral que ejercían los editorialistas de prensa e intelectuales, en la que se condenaban los gustos e inclinaciones literarias de los sectores populares. Las ferias del libro, celebradas inicialmente en Bogotá desde 1936 y luego extendidas a otras ciudades del país en 1940, se convirtieron en un termómetro en donde se ponían en tensión los gustos de los lectores populares, su inclinación pública por algunos géneros literarios y las miradas incisivas de escritores, intelectuales y autoridades.⁸⁶

En la primera feria del libro se comentaba el éxito que tenían las novelas románticas y pasionales y el número abundante de “novelas policiales y las novelas clavel, que eran lectura de señoritas. Y [el de] mucha literatura marxista y de psicología”.⁸⁷ El tono descriptivo de los balances de los libros comprados se complementaba con un incisivo señalamiento a los lectores, que no se sorprendían con el *Diccionario filosófico* de Voltaire y pasaban por alto obras de la literatura local,

⁸³ Richard Hoggart, *La cultura obrera en la sociedad de masas* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2013), 228.

⁸⁴ J. Bayona Posada, “Carta al Alcalde de la Ciudad”, Bogotá, 21 de julio de 1933, ASMOB, t. II, 1931.

⁸⁵ “La feria del libro”, *Revista Javeriana* (Bogotá), junio de 1944, 238.

⁸⁶ Silva, *República liberal*, 165; Sergio Pérez Álvarez, *Cultura editorial en Colombia. Una historia de editores y editoriales en el siglo XX* (Bogotá: Universidad Autónoma Metropolitana / Pontificia Universidad Javeriana / Universidad del Rosario, 2023), 166.

⁸⁷ “De la feria del libro”, *El Tiempo* (Bogotá), 7 de octubre de 1936, 2.

como *Cuatro años a bordo de mí mismo* de Eduardo Zalamea Borda y *Los leopardos* de Augusto Ramírez, pero que resultaban atraídos por la “lectura prosaica” de las novelas sentimentales.⁸⁸

El balance de la feria de libro de 1940 anunció la regulaciones y control sobre la circulación de revistas y “cartillas” con contenido sexual: “las estadísticas, desgraciadamente, enseñan que los libros más solicitados son las cartillas sobre cuestiones de sexualidad que a precio de inundación nos llegan de Chile”.⁸⁹ Para 1941, el Ministerio de Educación había lanzado de manera formal una “campaña antipornográfica” que tenía como propósito eliminar de bibliotecas, librerías y puestos de revista un conjunto de lecturas con alusiones a la sexualidad y al cuerpo y que estaban ilustradas con llamativas láminas que adornaban las carátulas. La campaña se enfrió contra las revistas impresas en La Habana, como *Semana Cómica*, y *Frivolidad* y *Caricatura* de Buenos Aires; las ediciones baratas de Retana; José María Carretero N., el “Caballero Audaz”; Dino Segre, “Pitigrilli”, y “otros autores de literatura de alcoba”.⁹⁰ La campaña coincidía con la preocupación que, desde inicios del siglo XX, manifestaron distintos sectores por las novelas y periódicos que llegaban a manos de los niños, jóvenes y mujeres⁹¹ y que ahora se podían encontrar en la calle, mientras se quedaban paralizados ante los puestos de venta de periódicos y revistas y las vitrinas de las librerías:

Como las vitrinas en que se exhiben dichas groseras estampas están a un nivel muy reducido del suelo, aquellas criaturas se solazan en la contemplación de algo que, en el claroscuro de su infantil espíritu, no alcanzan a comprender todavía. Y es que esas publicaciones, siempre llegan, no importa por qué vías, a las manos de los niños, creándoles así, un concepto torcido y fundamentalmente tendenciosos a la vulgaridad, acerca del sexo.⁹²

La prefectura de seguridad decomisó “centenares de libros y cuadernos de esta índole” con el despliegue de agentes que se dividían en grupos para “revisar

88 “De la feria del libro”, 2.

89 *El Gráfico* (Bogotá), 20 de abril de 1940, 1071.

90 “La policía inicia gran campaña antipornográfica”, *El Tiempo* (Bogotá), 1 de marzo de 1941, 16.

91 Shirely Tatiana Pérez, “Inmorales, injuriosos y subversivos: las letras durante la Hegemonía Conservadora 1886-1930”, *Historia y Sociedad* 26 (2014): 189.

92 “Por la moral del pueblo. La campaña antipornográfica”, *Estampa* (Bogotá), 8 de marzo de 1941, 7.

los establecimientos de libros y revistas, retirando de la circulación toda obra que pueda catalogarse en este grupo”, y posteriormente procedían a quemar semanalmente estos libros en los patios de la prefectura de investigaciones.⁹³ Para las ferias del libro de 1944, el Ministerio de Educación decidió hacer una “minuciosa selección de todos los libros que hayan de ser llevados a la feria” y con esto evitar la “venta de folletos pornográficos o de mal gusto” y el “expendio de libros en malas condiciones”.⁹⁴ En los balances de la feria, los editorialistas resaltaban como un valor importante la inclinación del público por “la compra de libros buenos y de regular el precio”, cuestión que se atribuía a la campaña del ministerio, que “quiso precisamente seleccionar la lectura” y “ofrecer a la ciudadanía la posibilidad de adquirir buenos libros”.⁹⁵

Para cerrar, se puede señalar que esta inquietud sobre lo que se leía se relacionaba con la idea de comunidad nacional y ciudadanía que buscaban transmitir distintos sectores políticos. El análisis de Anne Rubenstein sobre el cómic en el México postrevolucionario nos sitúa en un debate similar en el que la lectura pública y privada era objeto de múltiples cuestionamientos que se insertaban en un proyecto de nación en disputa asociado a las formas de habitar los lugares comunes y las sensibilidades de la vida privada.⁹⁶ De esta forma, las miradas más agudas acerca de los lectores callejeros, los impresos que circulan y los agentes de los impresos, como vendedores de revistas y libros y voceadores, se multiplican en un momento en que distintos sectores se interesan por la construcción de una ciudadanía mediada por la cultura impresa.

Conclusiones

Las interfaces entre prácticas de lectura en escenarios públicos y programación urbanística permiten comprender los nuevos ejes en la construcción de una sensibilidad lectora en la primera mitad del siglo XX en Colombia. Antes que privilegiar las políticas de alfabetización y los lugares institucionales de formación

⁹³ “Por la moral del pueblo”, 47.

⁹⁴ “Cuidadosa selección de obras se hará para la feria del libro de este año” *El Tiempo* (Bogotá), 7 de marzo de 1944, 1; Silva, *República liberal*, 161; Yeimi Cárdenas, *Experiencias de infancia. Niños, memoria y subjetividades (Colombia, 1930-1950)* (Bogotá: La Carreta / Universidad Pedagógica Nacional, 2019), 236.

⁹⁵ “Hoy a las 12 se clausurará la Feria del Libro de Bogotá” *El Tiempo* (Bogotá), 14 de mayo de 1944, 2.

⁹⁶ Anne Rubenstein, *Del Pepín a los agachados. Comic y censura en el México posrevolucionario* (Ciudad de México: FCE, 2004), 23.

del público lector, este análisis se ha situado en los diversos espacios de la vida cotidiana, como la calle, las plazas, el tranvía y el tren, vistos como escenarios que definieron la interrelación entre la lectura y el sentido que les daban los sujetos a estos impresos, que parecían multiplicarse en los lugares públicos. De otro lado, al interrogar la función de otros impresos, como los carteles, se puso en la discusión el peso de otros soportes, distintos al libro y a la prensa, que contribuyeron a la construcción de la opinión pública y, que, a su vez, propusieron superar las distinciones entre letrados y no letrados y entre escritura y oralidad, que han impedido una comprensión más matizada de la capacidad que tienen distintos sujetos de actuar e intervenir en las discusiones comunes.

Asimismo, en el estudio de la lectura callejera y la lectura pública van apareciendo otros personajes decisivos en la configuración de la lectura y en el vínculo entre los talleres de imprenta y los lectores. Fijadores de carteles y voceadores aparecen como sujetos clave, que no son solo un enlace entre el taller de imprenta y la calle, sino que definen contenidos y, en algunos casos, le dan sentido a la lectura pública. Asimismo, la acción de la censura moral y abierta que se desplegaba en el espacio público, que parecería desprovisto de restricciones, revela los alcances de los impresos cotidianos y su capacidad de poner en tensión las reglas políticas, culturales y morales. La censura no solo se imponía sobre los dispositivos robustos, como los libros, sino que se anclaba, además, a la relación que establecían los sujetos con estos impresos más modestos, que podían impactar de manera más inmediata su vida cotidiana.

Los espacios y prácticas de lectura pública en Colombia en la primera mitad del siglo XX configuraron un escenario material de la experiencia lectora que quiebra la jerarquía entre diversos soportes impresos y desestabiliza las distinciones entre letrado y no letrado o entre lectura pública y privada, mediante la explotación de “modestos impresos”, que configuran asimismo las controversias y la opinión pública.

Bibliografía

I. Fuentes primarias

Archivos

Archivo de Bogotá (AB), Bogotá, Colombia

Fondo Concejo de Bogotá (FCB)

Archivo General de la Nación (AGN), Bogotá, Colombia

Sección República (SR)

Fondo Ministerio de Gobierno (FMG)

Sección Primera

Sección Quinta

Archivo Sociedad de Ornato y Mejoras de Bogotá (ASOMB), Bogotá, Colombia

Libros de Actas

Documentos impresos

Código de Policía de Cundinamarca. Bogotá: Imprenta Nacional, 1926.

Escuela Tipográfica Salesiana. *Catálogo General*. Bogotá: Escuela Tipográfica Salesiana, 1930.

República de Colombia. “Ley 29 de 1944. Por la cual se dictan disposiciones sobre prensa, y decreto número 109 de 1945 que las reglamenta”. Bogotá: Imprenta Nacional.

Publicaciones periódicas

Cromos. Bogotá, 1947.

El Gráfico. Bogotá, 1940.

El Liberal. Bogotá, 1938.

El Relator. Bogotá, 1903.

El Tiempo. Bogotá, 1914, 1936, 1941, 1950, 1961.

Estampa. Bogotá, 1938.

La Organización. Medellín, 1911.

Revista Javeriana. Bogotá, 1944.

Sábado. Bogotá, 1944.

Tierra. Bogotá, 1937, 1938.

Tío Juan. Bogotá, 1899.

Unirismo. Bogotá, 1934.

II. Fuentes secundarias

Acosta, Carmen Elisa. *Lectura y nación: novela por entregas en Colombia, 1840-1880*.

Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009.

Acree, William. *La lectura cotidiana. Cultura impresa e identidad colectiva en el Río de la Plata, 1780-1910*. Buenos Aires: Prometeo, 2013.

Bermúdez, Jairo y Claudia Delgado. “Carteles impresos en Bogotá durante el siglo XIX. Exploración y análisis”. *Revista Kepes* 14, n.º 16 (2017): 219-267. <https://doi.org/10.17151/kepes.2017.14.16.10>

Cárdenas, Yeimi. *Experiencias de infancia. Niños, memoria y subjetividades (Colombia, 1930-1950)*. Bogotá: La Carreta / Universidad Pedagógica Nacional, 2019.

Caro Peralta, Andrés. *Cultura impresa y cultura política en Colombia, 1920-1946*. Tesis de doctorado, Universidad de los Andes, 2022.

Chartier, Roger. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza, 1993.

Clerici, Emiliano Marcelo. “El lujo de pertenecer: imágenes en los carteles artísticos porteños (1898-1920)”. En *Ilustrar e imprimir. Una historia de la cultura gráfica en Buenos Aires, 1830-1930*, coordinado por Sandra Szir, 213-236. Buenos Aires: Ampersand, 2016.

Cornejo, Tomás. *Ciudad de voces impresas. Historia cultural de Chile, 1880-1910*. Ciudad de México: El Colegio de México / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2019.

Darnton, Robert. *Censores trabajando. De cómo los Estados dieron forma a la literatura*. Ciudad de México: FCE, 2014.

Duque, Pedro José, Claudia Angélica Reyes Sarmiento, Boris Alexander Greiff Tovar, Victoria Eugenia Peters Rada y Juan David Almanza Lamo. *Cartel ilustrado en Colombia, década 1930-1940*. Bogotá: Universidad Jorge Tadeo Lozano, 2009.

Flórez Gutiérrez, Felipe. *Las comunicaciones en la transición del siglo XIX al XX en el sistema territorial colombiano*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2012.

Fritzsche, Peter. *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.

García Ejarque, Luis. *Historia de la lectura pública en España*. Asturias: Trea, 2000.

Guzmán, Diana, Paula Andrea Marín Colorado, Juan David Murillo Sandoval y Miguel Ángel Pineda Cupa. *Lectores, editores y cultura impresa en Colombia: siglos XVI-XXI*. Bogotá: Cерlalc / Universidad Jorge Tadeo Lozano, 2018.

Guzmán, Diana. “La buena lectura y la razón pública: leer sin *pathos*”. *Estudios de Literatura Colombiana* 14, n.º 16 (2014): 97-114. <https://doi.org/10.17533/udea.elc.354592>

Henkin, David M. *City Reading. Written Words and Public Spaces in Antebellum New York*. Nueva York: Columbia University Press, 1998.

Hoggart, Richard. *La cultura obrera en la sociedad de masas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2013.

Hunter Whiteford, Andrew. *Popayán. Una ciudad tradicional andina de mitad de siglo XX*. Popayán: Universidad del Cauca, 2019.

Littau, Karin. *Las teorías de la lectura. Libros, cuerpos y bibliomanía*. Buenos Aires: Manantial, 2008.

Londoño, Rocío. “Estética, civismo y regulación urbana: la Sociedad de Embellecimiento de Bogotá (1898-1930)”. En *La hegemonía conservadora*, editado por Rubén Sierra, 381-438. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2018.

López, Pilar. *Salarios, vida cotidiana y condiciones de vida en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2011.

Lyons, Martyn. *Historia de la lectura y la escritura en el mundo occidental*. Buenos Aires: Ampersand, 2012.

Marín, Paula Andrea. *Un momento en la historia de la edición y la lectura en Colombia (1925-1954)*. Bogotá: Universidad del Rosario, 2017.

Mollier, Jean-Yves. *La lectura y sus públicos en la edad contemporánea*. Buenos Aires: Ampersand, 2013.

Pawley, Christine. *Reading Places. Literacy, Democracy, and the Public Library in Cold War America*. Boston: University of Massachusetts Press, 2010.

Pérez Álvarez, Sergio. *Cultura editorial en Colombia. Una historia de editores y editoriales en el siglo XX*. Bogotá: Universidad Autónoma Metropolitana / Pontificia Universidad Javeriana / Universidad del Rosario, 2023.

Pérez, Shirely Tatiana. “Inmorales, injuriosos y subversivos: las letras durante la Hegemonía Conservadora 1886-1930”. *Historia y Sociedad* 26 (2014): 181-208. <http://dx.doi.org/10.15446/hys.n26.44502>

Petrucci, Armando. *Alfabetismo, escritura y sociedad*. Barcelona: Gedisa, 1999.

- Prada, Natalia Silva. *Pasquines, cartas y enemigos. Cultura del lenguaje infame en Nueva Granada y otros reinos americanos, siglos XVI y XVII*. Bogotá: Universidad del Rosario, 2021.
- Rancière, Jacques. *Aisthesis. Escenas del régimen estético del arte*. Buenos Aires: Manantial, 2013.
- Rancière, Jacques. *La noche de los proletarios. Archivos del sueño obrero*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2017.
- Reyes, Catalina. *La vida cotidiana en Medellín, 1890-1930*. Bogotá: Colcultura, 1996.
- Rubenstein, Anne. *Del Pepín a los agachados. Comic y censura en el México posrevolucionario*. Ciudad de México: FCE, 2004.
- Saitta, Sylvia. *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2013.
- Silva, Renán. *República liberal, intelectuales y cultura popular*. Bogotá: La Carreta, 2012.
- Sunkel, Guillermo. *Razón y pasión en la prensa popular*. Buenos Aires: Desconcierto, 2016.
- Waquet, François. *Hablar como un libro. La oralidad y el saber en los siglos XVI y XX*. Buenos Aires: Ampersand, 2021.